

El exilio madrileño de Martín Luis Guzmán

«Madrid, en el 36, era la ciudad en la que yo había vivido más tiempo seguido.»

No quiso hablarme de su exilio madrileño. «Tendría que hacerlo de un modo fragmentario. Y además a usted allí no se lo publicarán». Así cortó las primeras avanzadillas de mi tímida incursión en terreno vedado: su vida madrileña en la España republicana. «Mejor hablamos del tema que la ha traído a usted a México: la Revolución». Con la transacción trataba de compensar mi decepción y la casi brusquedad de su negativa.

Me movía entonces, octubre de 1971, la curiosidad periodística, el afán de deslumbrar a los lectores españoles con recuerdos y anécdotas de un eminente escritor mexicano que había vivido de cerca y desde arriba los avatares políticos y culturales de la larga década antecedente de nuestra guerra civil. No sólo la curiosidad y el empeño de periodista novel, también la imaginación novelesca me presentaba el Madrid de aquellos años, de tertulias y discusiones, un Madrid abierto a la modernidad de vanguardismos y nuevas estéticas, al que se incorporaban, temporalmente y con asiduidad generacional, escritores hispanoamericanos.

Martín Luis Guzmán, tenía entonces, cuando me recibió en su despacho de la revista *Tiempo*, 84 años. Era un sobreviviente de excepción de nuestra historia reciente, pero él quería que hablásemos de la otra historia, la del México contemporáneo: la Revolución, y sobre todo, de las novelas surgidas de la lucha revolucionaria.

Escuché muchas opiniones e interpretaciones de la conducta intelectual y política de Martín Luis Guzmán, en México, entonces, e incluso en España, a un viejo profesor de Historia del periodismo, le oí decir que «Azaña quiso hacer de

él el Malraux del régimen republicano». A los cinco años de nuestra conversación, muere Martín Luis Guzmán, «embalsamado por la cultura oficial —dice Fernando Curiel¹—, conocido a medias y deturpado».

A su muerte, surgieron artículos y nuevas interpretaciones de su obra y de su vida controvertida; en años sucesivos, Héctor Aguilar Camín, Margo Glantz, Evodio Escalante, Enmanuel Carballo, J. E. Pacheco, Monsiváis, etc., opinaron sobre la obra literaria y la persona del escritor. En 1987, centenario de Martín Luis Guzmán, se publica *La querella de Martín Luis Guzmán*, tesis doctoral de Fernando Curiel, que aporta nuevos datos biográficos y documentales, asimismo, en la UNAM, sale la edición periodística de *La sombra del caudillo*, con estudio preliminar de J. Bruce-Novoa. El Fondo de Cultura Económica publica *Martín Luis Guzmán. Iconografía*, investigación iconográfica y documental; con texto y prólogo de Héctor Perea. A estos textos hay que añadir la más reciente publicación de la correspondencia Guzmán-Reyes, inteligentemente comentada por Fernando Curiel², que sitúa a los correspondientes en su espacio doméstico y en su circunstancia político-social, e indaga, interpreta y con frecuencia cuestiona actitudes, o lanza tesis arrogantes y arriesgadas, amparadas en interrogaciones, que dan vida a los viejos textos y aguijonean la curiosidad interpretativa del lector. Otras publicaciones de interés son la *Correspondencia Reyes-Pedro Henríquez Ureña*, de José Luis Martínez, o el brillante estudio de Claude Fell sobre Vasconcelos, en las que tangencialmente se hallan aspectos de la vida y la personalidad reservada y «acomodatícia» de Martín Luis Guzmán³.

Llevaba años preparando sus *Memorias de España*, que nunca llegó o nunca quiso publicar. De su labor periodística y erudita en Madrid, tenemos constancia por los índices bibliográficos de la época⁴. En la primera etapa de su doble exilio,

1. Fernando Curiel: *Guzmán-Reyes, Medias palabras: correspondencia, 1913-1959*, México, UNAM, IIF, 1991, p. 44.

2. Fernando Curiel es autor, asimismo, de *La querella de Martín Luis Guzmán*, México, Oasis, 1987. Para Margo Glantz, E. Carballo y José Emilio Pacheco, *vid. Tiempo*, vol. LXXII, n.º 1857, dic. 1977, y *Tiempo*, vol. LXXIV, 18 de dic. 1978 (suplementos especiales). También, Margo Glantz: «Todas las sombras de Martín Luis Guzmán», en *Repeticiones*, México, Universidad Veracruzana, 1979, pp. 11-15. Asimismo, Evodio Escalante: «Notas para una lectura de “La sombra del caudillo”», *Tercero en discordia*, México, UAM, 1982, pp. 25-34.

3. José Luis Martínez: *Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, correspondencia, 1907-1914*, México, FCE, 1986. Claude Fell: *José Vasconcelos, los años del águila*, México, UNAM, 1989.

4. *Vid.* mi artículo: «Recepción en los medios de comunicación españoles de la literatura mexicana, desde principios de siglo hasta el 36», en *Revista de la Facultad de Ciencias de la Información*, n.º 4, edit. UCM, 1987, pp. 295-306. Asimismo, en los primeros días de julio de este año (1992), asistimos a la defensa de la tesis de Juan Velasco Morcno, sobre las versiones periodísticas de *La sombra del caudillo*.

la de principios de 1915 a febrero de 1916 (el 7 de marzo de 1916, escribe Reyes ya recién instalado en Manhattan), poco más de un año, tuvo la suerte de descubrir poesías inéditas de Gregorio Silvestre y de contribuir valiosamente a la bibliografía de Góngora, colaborando en el *Boletín de la Academia Española*, en la *Revista de Filología Española*, en la *Revue Hispanique*, francesa, etc., además de colaborar en la formulación estética de la más nueva de las artes: el cine. Invitados él y Alfonso Reyes por Ortega y Gasset a llevar una sección fija del semanario *España*, los dos amigos, exiliados y necesitados de ayuda económica para subsistir, se sientan «Frente a la pantalla» (así se llamaba la sección) y escriben al alimón, bajo el seudónimo de «Fósforo», críticas de cine. Están creando una nueva literatura —dicen en el primero de los artículos—, la que exige esa realidad nueva, esa realidad incipiente (hoy día, invadiente): la de la imagen en la representación de la vida.

Pero también de ese primer año de destierro madrileño es el primer ensayo, el primer libro édito del ateneísta, del político, del polemista Martín Luis Guzmán, *La querrela de México*, libro que sólo se conoció en México cuarenta años más tarde.

De su segundo exilio en Madrid, el más largo y fecundo, de mayo de 1925 a abril de 1936, con un paréntesis en París (de agosto de 1926 a octubre de 1927), tenemos referencia por textos de Héctor Perea, de Fernando Curiel, por la correspondencia con Alfonso Reyes, por los estudios históricos del periodismo de la época⁵, o por las memorias de Azaña, de Vasconcelos, de Rivas Cherif, y directamente, de manera fragmentaria también, por las *Crónicas de mi destierro* (1964), por el Suplemento de *Tiempo*, de 19 de diciembre de 1977, en el que se recogen crónicas políticas desde Madrid, entrevistas a Ramiro de Maeztu, a Marcelino Domingo, a Gabriel Maura Gamazo o a don Miguel de Villanueva, a Unamuno, e incluso, un «Manifiesto republicano» que circuló clandestinamente en Madrid, en 1926; todo este material político, recogido bajo el epígrafe «Aspectos de España» fue enviado en su día a *La Prensa*, de San Antonio, Texas, y *El Universal*, de México.

5. Gonzalo Redondo: *Las empresas periodísticas de Ortega y Gasset*, Edit. Rialp, 1970. Pedro Gómez Aparicio: *Historia del periodismo español*, Madrid, Editora Nacional, 1989. Héctor Perea: «Martín Luis Guzmán en la tertulia y la prensa de España», *Homenaje a M. L. G. en su centenario*, col. «Las dos orillas», Madrid, ACAHM, 1987. Existe un libro, de carácter panfletario, al que he dudado muchos años en referirme, dada la personalidad atrabiliaria y poco objetiva del autor: el escritor y político (ex-radical-socialista). Joaquín Pérez Madrigal, que conoció a M. L. G. y se relacionó con él por sus actividades políticas. La visión que de don Martín nos da Pérez Madrigal parece una urdida «leyenda negra» del escritor. Joaquín Pérez Madrigal, *España a dos voces*, Madrid, EASA, 1961, pp. 155-170, 187-198, 251-254, 379-386.

Pero el estudio hemerográfico completo de su exilio madrileño está aún por hacerse. Aparte de colaborar en *El Debate*, *El Sol*, *La Voz*, *España*, *Ahora*, *Luz*, se sintió «llamado» por el estímulo de Ortega para que los «nuevos escritores llevasen a la superior realidad histórica las figuras españolas de la segunda mitad del siglo XIX»⁶, actitud que Ortega ampliará como incitación e invitación directa, al crear, en 1928, una colección específica en Espasa Calpe, «Vidas españolas del siglo XIX», que al poco tiempo se modificará en «Vidas españolas e hispanoamericanas» para incluir las figuras del pasado inmediato hispanoamericano. Y tal vez se deba el cambio a otro mexicano, Torres Bodet que en el elogioso artículo de recensión de los cinco primeros títulos de la colección, se queja de que «la única limitación es su criterio nacionalista». El n.º 23 de esta colección será *Mina el mozo: héroe de Navarra* (1923), de Martín Luis Guzmán, y prepara la de Fray Servando que nunca llegó a concluir o publicar⁷. Pero ya en el 31, en el diario *Ahora*, aparecerán fragmentos de la biografía de Mina y otros personajes decimonónicos: «Diego Correa, el militar español que quiso acabar la guerra de la Independencia asesinando a Napoleón», «Luis Aury, el pirata», «Juan Teach, Barba Negra», o «Mc Donald y su gente en Funchal», o «La expedición del Dos Amigos».

Del interés en toda Europa por el género biográfico, o del estímulo directo de Ortega y Gasset, «consecuencia de la teoría vitalista de Ortega», dirá Emilia Zuleta⁸, Martín Luis Guzmán practica el arte de rescatar de la vacilante memoria del pasado estas vidas apasionadas y románticas. ¿Será consecuencia del estímulo orteguiano el hecho de que a los primeros meses de regreso a México, en el año 1936, procedente de su largo exilio madrileño, comience a redactar sus *Memorias de Pancho Villa*?

El hombre de acción, el Martín Luis Guzmán que le gustaba «el trajín de la calle», sin dejar de ser un intelectual, era un profesional de la palabra, pronunciada en el tribuna, escrita en el editorial periodístico, hecha vida de relación en la tertulia, en el Ateneo, en el Gabinete del Jefe de Gobierno... El intelectual orgánico, el que «no viene de las aulas y de las bibliotecas» (como él dijo en su discurso de ingreso en la Academia Mexicana), tuvo ocasión de desarrollar su vocación más firme en el 2.º exilio madrileño, en el que colaboró en la prensa diaria, dirigió alguno de estos medios de comunicación, y fue confidente, amigo y colaborador directo de Azaña e intervino en la política española, antes de la

6. J. Ortega y Gasset: *Obras Completas*, tomo I, Madrid, Revista de Occidente, 1957, p. 158, artículo aparecido en *El Imparcial*, 19 de septiembre de 1910.

7. Carta a Reyes, 10 de julio de 1930, en F. Curiel, ya cit., p. 142.

8. Emilia Zuleta: *La crítica española contemporánea*, Madrid, Gredos, 1974, p. 308.

caída de la Dictadura de Primo de Rivera, y después, durante la República. En la mañana del 13 de abril de 1931, fue Martín Luis Guzmán quien entró en la Granja del Henar —otro de los lugares madrileños famoso por sus tertulias— para informar a los amigos del resultado de las elecciones y de que ya ondeaba la bandera republicana en el Palacio de Comunicaciones (lo cuenta Rivas Cherif). Azaña fue el último del grupo en enterarse, a pesar de que iba a ser el «flamante» ministro de la guerra. «A Guzmán le interesa la política más que a mí», comentará Azaña en sus *Memorias*⁹. Y en efecto, la personalidad política de Guzmán estará al lado de Azaña, como consejero, agente, intermediario, conspirador, ... Axkaná sobreviviente del magnicidio de la Revolución Mexicana, que hubiera embarcado sus ilusiones políticas, rehechas, en la nave del republicanismo español o de la «revolución republicana», como se llamó a la oposición que intentaba derribar la Monarquía, a finales de los veinte. Vid. J. Bruce-Novoa: «Estudio introductorio», de *La sombra del caudillo. Versión periodística*, México, UNAM, 1987. También llama revolución al cambio republicano, Baroja, *O.C.*, t. VII, p. 1099. Una nave, por cierto, que hará aguas en el 36, y de la que saltará Axkaná González, de nuevo, reincorporándose, y ahora para siempre, a su patria.

La toponimia y la nostalgia madrileñas tematizan con frecuencia la correspondencia Guzmán-Reyes. En la del segundo exilio, el Madrid del 28 y el 29, aparece *reciclado* del de 1915: «¿Se acuerda usted de nuestro verano de 1915 en el último piso de Torrijos, 42, duplicado?», escribe en junio de 1928. Ahora —1928— se ha instalado muy cerca: Castelló, 44, «Fue sin duda la vieja querencia de aquel humilde rincón —escribe— lo que nos trajo hacia estos rumbos: cuando voy a pie a la Biblioteca, al Retiro, a la Puerta del Sol, reconstruyo paso a paso nuestras caminatas de 1915» (carta a Reyes, septiembre, 1925). En el año 1929, ya está instalado en Velázquez, 27, y habla de los amigos del «Regina», adonde acude todas las noches: Canedo, Araquistáin, Bello, Rivas Cherif, Gutiérrez, Amós Salvador..., y también menciona a un contertulio que acude esporádicamente: Eugenio D' Ors, de luto a la sazón, con «un sombrero hongo negro», calado hasta las orejas. Al año siguiente, 1930, dirá: «¿Recuerda usted la cervecería de Ayala y Serrano? Pues todavía sirven las mismas patatas y en los mismos vasos... Han pasado quince años... (¿Cuál es el signo de la melancolía?...)»¹⁰.

(Hoy han pasado setenta y cinco años y todavía sigue en pie la cervecería. Sólo que al «Aguila» se le ha amputado un ala, la de la fachada de Ayala, para

9. Manuel Azaña: *Memorias políticas y de guerra*, *O.C.*, tomo IV, México, Oasis, 1968, *vid. Curiel: Medias palabras*, pp. 42 y 43.

10. *Ibid.*, pp. 126, 142.

instalar en ese reducido espacio —pagado el metro cuadrado al precio récord del mercado madrileño— una lujosa joyería). (A los pocos meses de escrito este texto, la cervecería «El Aguila», abierta en 1876, ha sido cerrada por orden de la Audiencia que declara la finca amenazada de ruina).

Pero no sólo hay referencias melancólicas al Madrid urbanístico, también el efecto estimulante del ambiente intelectual de Madrid está expreso y reconocido, ahora ya desde Nueva York: «Por mi parte, noto que escribía yo mejor en los tiempos de *La querella*, quizá porque aquí sólo leo libros ingleses y me falta aquel ambiente de Madrid a cuya influencia me entregué lo mismo que a todas las otras influencias». Por esta cita parece que descubrimos un rasgo íntimo de la personalidad de don Martín que contrasta con el carácter astuto y reservado que suele atribuírsele: es un hombre que se entrega.

«De escribir sólo me ha apartado la acción, por eso han sido tan fructuosos mis destierros», comentó Martín Luis Guzmán en Enmanuel Carballo, en vísperas de su ochenta cumpleaños¹¹. Escribió cuando no pudo hacer otra cosa o «cuando necesitaba dinero» (como comentó en la defensa de su Tesis doctoral Juan Velasco Moreno, reproduciendo palabras de Martín Luis Guzmán West). Del exilio, o de los primeros años de su reincorporación a México, todavía alejado del reconocimiento oficial, son sus mejores obras: *La querella de México* (Madrid, 1915), *El águila y la serpiente* (Madrid, 1928), *La sombra del caudillo* (Madrid, 1929) y las *Memorias de Pancho Villa*, iniciadas en el 36, por entregas semanales, en *El Universal*, publicadas en cuatro volúmenes, sucesivamente, en el 38 y 40, y reeditadas más tarde por su propia empresa La Cía. General de Ediciones, S.A., en un solo volumen, en el que se incluye un «libro V», «Adversidades del bien», todavía inconclusas las memorias, dejando a Villa derrotado por Obregón en Celaya (junio de 1915) y en vísperas de las derrotas de Silaó y León.

En 1940 comienza, con la elección de Martín Luis Guzmán como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua (no leerá su discurso de ingreso hasta 1954), el reconocimiento nacional de su personalidad intelectual y política, reconocimiento que culminará con el Premio Nacional de Literatura (1958), Premio Manuel Avila Camacho (1959), Condecoración al Mérito Revolucionario (1965), Medalla al Mérito Militar (1969), elección de senador en dos sexenios sucesivos, etcétera.

El escritor iconoclasta se forja en el exilio de Madrid, en 1915. Derrotadas

11. E. Carballo, Suplemento de *Tiempo*, 19 de diciembre de 1977, ya cit. Carballo había realizado esta entrevista el 5 de octubre de 1967, pero no fue publicada sino en el 2.^o aniversario de su muerte, pp. 18 y 19.

sus ideas políticas revolucionarias, disidentes entre sí las facciones que tuvieron en la lucha armada una causa común, se aparta voluntariamente para no estar con ninguno de los bandos que ahora contienden por el poder, pero siempre se sentirá vinculado a Villa. *La querrela de México*, ese pequeño libro amargo, despiadado con la psicología nacional, ferozmente crítico hacia el rostro actual de la Revolución, espuma ya el mal más urgente de superar: la educación y la regeneración del criollo, más necesaria que la del indígena. Aquí está en embrión ensayístico la tesis que sustentará veinte años más tarde sobre la significación de la figura de Villa. Villa representa *la política*, «la racionalidad histórica que irrumpe concertando las fuerzas que darán un rostro doctrinario a la Revolución»¹². En tanto que Carranza *exige la obediencia* de todas las facciones, es la irracionalidad anacrónica que continúa la obra de Porfirio Díaz. Quedan así esbozados los dos polos contendientes de la política contemporánea mexicana: el de *continuidad* y el de *ruptura*¹³.

Con el analista político que se descubre ya en *La querrela...* enlaza el narrador de las *Memorias...*, en las que desarrollará ampliamente, en clave de experiencia histórica y de biografía novelada («biografía autobiográfica», me puntualizó él en nuestra entrevista), su interpretación de la Revolución traicionada. Martín Luis Guzmán, en las *Memorias...*, nos da su visión de la «otra» Revolución, la populista, la del cambio radical, la sólo *posible*, porque la Revolución *real* es la que fue sometiendo a Carranza, la de Carranza halagando a los Estados Unidos, la de los mejores revolucionarios aceptando transacciones hipócritas por el bien de la patria.

El tópico del pequeñoburgués desencantado, del ateneísta atiborrado de ideas políticas y filosóficas, del novelador de los «estados mayores» revolucionarios, se viene abajo con la lectura de estas dos obras. La primera escrita en el primer exilio madrileño y poco conocida o poco leída, la segunda iniciada inmediatamente después del segundo exilio madrileño y tras el fracaso de la 2.^a República Española. ¿Son las *Memorias...* un intento ya de recolocación política, como sugiere Fernando Curiel? ¿Están escritas bajo el impulso popular del sexenio cardenista? ¿O están inspiradas por la derrota del republicanismo español y significan la nostalgia de ese otro intento político fallido al que él se entregó en

12. Evodio Escalante, en correspondencia personal, me contaba su apasionada lectura de las *Memorias...*, en vísperas de una mesa redonda que iba a tener lugar en la UAM, octubre 1987. «Las *Memorias* es una ruptura epistemológica», dice.

13. Tendencias que parecen informar tácitamente las elecciones presidenciales, *vid.* Marta Portal: *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, Madrid, ediciones de Cultura Hispánica, 1977, p. 52, nota 59.

cuerpo y alma? En el tercer supuesto, su cuerpo se hace memorialista de la derrota en la adversidad, y su alma dicta la nostalgia del «mejor gobierno posible», que egoísmos e intrigas personales abortaron.

Cuando se le pregunta qué libros fueron para él formadores, responde: «No soy producto de los libros, soy producto de la vida (...) y de las decisiones de mi voluntad». O cuando se le quiere hacer recordar qué hombres han influido en él, cree que los hombres que ha encontrado no han sido casuales, «esencialmente eran los que tenía yo que hallar en mi camino. (...) Así entiendo, pondré dos ejemplos, mi aproximación a Francisco Villa, mi intimidad con Manuel Azaña»¹⁴.

Como complemento de los dos ensayos políticos (o de *La querella* y las *Memorias*), existe otro texto valiosísimo para la interpretación del talante de Martín Luis Guzmán: es el discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, en 1954, titulado «Apunte sobre una personalidad». Ante la corporación académica y en presencia del presidente de la nación (Ruiz Cortines), Martín Luis Guzmán hace exégesis de su propia obra. Con las dudas que toda labor de introspección pueda plantearnos, un discurso académico, como culminación de una vida y una vocación, no es una reflexión coyuntural, es una obra meditada, una recapitulación. Es de suponer que al escribir este discurso el autor no ha escamoteado nada. Las vicisitudes nacionales que le tocó vivir de cerca desde muy joven lo llevan a la acción política revolucionaria. En esta experiencia temprana de la Revolución, *contiene* diariamente su *idea* de la patria y su *concepto* de los héroes patrios, los hombres de 1810-1821 (la Independencia) y los de 1856-1867 (la Reforma), con lo que él está viviendo en 1910-1915. Su sensibilidad más íntima se empeñó en encontrar, en el espejo del arte literario, *la revelación* de lo que debiera ser la virtud unificadora de lo mexicano. Él considera un fracaso su primer intento, *La querella*, del mismo modo que considera logradas literariamente *El águila* y *La sombra*, pero tampoco le resuelven el problema de fondo: la contradicción íntima entre la materia revolucionaria, tomada de primera mano, y la definición de la patria, quintaesenciada por la alquimia de la Historia.

La reticencia y el desencanto de pequeño burgués ilustrado, de ateneísta probo, que repugna el despojo, el crimen, la brutalidad, reflejados en *El águila...* y *La sombra...*, hubo de vencerlos para llegar a aceptar que aquellos jefes y caudillos revolucionarios que había conocido en toda su desnudez y sus excesos, en toda su crudeza y con todos sus defectos, eran los que habían llevado adelante la obra de la Revolución, y que sin ellos la Revolución no hubiera llegado a ser lo que fue; no había, por tanto, que pedir disculpas, ni individuales ni nacionales.

14. E. Carballo, entrevista citada, realizada en vísperas de su ochenta cumpleaños, pero publicada diez años más tarde.

«La Revolución no hubieran podido hacerla una asociación de padres de familia», me dijo en la entrevista de 1971, en su despacho de *Tiempo*.

Se dio cuenta de que para satisfacer ese anhelo de indagación íntimo y buscar un acuerdo entre las ideas políticas recibidas y la experiencia del mal y del lado oscuro de la personalidad de los hombres, tenía que profundizar en la conducta de los mismos, ya que ellos, siendo así, habían realizado la tarea de cambiar los destinos de la patria. Tuvo que «explicarse la existencia y la grandeza de los Pancho Villa y de los Emiliano Zapata». Imaginativa y literariamente tenía que emprender de nuevo el recorrido de la Revolución desde el interior del alma de estos hombres. Eligió a Pancho Villa, en donde convergían las características más significativas de los hechos revolucionarios y que además no había salido vencedor en la lucha. De este modo pudo llegar a la conclusión de que «sin esos hombres, encarnación viva —porque en su sangre la traían— de la ineficacia social que los había producido, la aspiración idealista y superior de los revolucionarios por apostolado, por concomitancia, por moralidad o por rebeldía..., no habría llegado a imponerse tomando substancia y forma»¹⁵.

Así, las suspicacias de sus novelas anteriores se derrumban en favor de una visión populista de la Revolución. Villa y Zapata, caudillos populares iletrados, instintivos, consuman la gran conmoción transformadora de la Revolución, dan un rostro doctrinario nuevo al movimiento explosivo, y su personalidad se eleva a la categoría de la obra misma.

Si las *Memorias*, en su carácter político, pueden estar adensadas por la experiencia (madrileña y mexicana), o ser consecuencia de la evolución política posterior del autor, en su carácter literario plantean al crítico la ambigüedad: ¿son verdad histórica, son ficción? ¿Son el pensamiento y el discurso del propio Villa? ¿O son el discurso de Martín Luis Guzmán?¹⁶ A esta ambigüedad clasificadora pueden responder dos afirmaciones de índole diversa que vienen a decir lo mismo: una, que la novela es el complemento de la Historia, o la versión íntima de los acontecimientos históricos relevantes. Y la otra, de carácter teórico, y se refiere a la gran aportación interpretativa de Paul Ricoeur, en su obra *Tiempo y narración*¹⁷. Según Ricoeur, «relato de ficción» y «relato Histórico» no son la misma cosa, ya que el referente de uno es *imaginario* y el del otro *real*. Ambos

15. *Apunte sobre una personalidad*, discurso de ingreso de don Martín Luis Guzmán a la Academia Mexicana, leído el 19 de febrero de 1954.

16. Carlos González Peña, en la respuesta al discurso de ingreso en la Academia, *ibid.*, se planteaba el primero de estos interrogantes.

17. Paul Ricoeur: *Tiempo y narración*, I, «Configuración del tiempo en el relato histórico», Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, pp. 277-340.

tienen como referente común el carácter temporal de la experiencia. Y la actualización temporal se hace por el discurso, que restaura la vigencia de la experiencia. «En reducir la visión de lo histórico a lo esencial, y procurar que las esencias se reflejen en las palabras», consiste el procedimiento o la técnica que Don Martín expuso a Enmanuel Carballo¹⁸.

Pero, además, tanto el relato histórico como el de ficción tienen en común *la trama*¹⁹: dinamismo integrador que saca una historia única de un conjunto de incidentes. Es decir, tanto el relato histórico como el de ficción han de ser configurados; no pueden reducirse a una mera sucesión de datos y hechos. Para adquirir su categoría de historia o de narración novelesca, necesitan la operación mediadora de *la trama*, a través de la cual acontecimientos aislados, personajes diversos y circunstancias disímiles se engarzan en una historia única, sensata e inteligible.

Anticipándose a la formulación teórica de Paul Ricoeur sobre narratividad histórica, Martín Luis Guzmán expone la trayectoria formal seguida: quiso coordinar la imagen de los hombres que vio luchar en la Revolución con su idea de patria. Quiso dar unidad al conjunto, «librarlo de ser historia, o biografía, o novela, comunicándole la naturaleza de los tres géneros, sin quitar fuerza al principio creador ni verdad sustantiva a lo creado»²⁰. Así, logra una narración que es a la vez creación y verdadero, por tanto, una verdad *autónoma*. Esa verdad autónoma que emerge de toda obra literaria, en el caso de las *Memorias...*, le hizo asumir hombres e ideas, y con ello consiguió Martín Luis Guzmán hallar su propia verdad personal.

MARTA PORTAL

Universidad Complutense de Madrid

18. Entrevista ya cit.

19. «... el retrato de sus hombres y la pintura de sus escenas, urdidos los unos con las otras y tramado todo...», *Discurso* Academia, ya cit. (el subrayado es mío).

20. *Discurso...*, p. 32.